

DORE ASHTON (1928-2017)

Dore Ashton, nacida Dorothea Shapiro, se graduó por la Universidad de Wisconsin-Madison en 1949 y al año siguiente obtuvo un Máster en Historia del Arte por Harvard, además de completar su formación mediante diversos cursos, alguno de ellos impartido nada menos que por R. Arnheim; no llegó a culminar la carrera académica con el doctorado, comentaba ella misma en alguna ocasión, desenfadada, risueña, pero ello no le impidió alcanzar las más altas cumbres de la profesión y el respeto unánime de sus colegas.

Comenzó, muy joven, como editora asociada de la revista *Art Digest* y como crítica de arte en *The New York Times*, hasta 1960, cuando fue despedida del diario por desavenencias con el nuevo responsable de la sección cultural, mucho menos favorable al arte nuevo y desde luego contrario al entusiasmo de Dore; este sinsabor le sería compensado tiempo después, sin embargo, al recibir el premio Frank Jewett Mather de la College Art Association en reconocimiento a su labor periodística. Durante aquella época, breve pero intensa, trabó relación con los grandes creadores del expresionismo abstracto, recorrió uno tras otro sus estudios y consolidó su particular metodología, condicionada en gran medida por el testimonio directo y el análisis formal de la obra; de ahí los aciertos de sus monografías sobre esos mismos artistas, a saber, A. Gorky, P. Guston, M. Rothko, R. Motherwell o I. Noguchi, y de ahí también que resultara difícil escapar a cierta retórica del genio y a la perspectiva claramente individualista, incluso de aquellos trabajos que pretendían establecer conclusiones generales. Es el caso de su libro canónico *The New York School. A Cultural Reckoning*, referencia indispensable al respecto, que traza la genealogía de la liberación del artista plástico estadounidense y define a los expresionistas abstractos como grupo sin características grupales, o, por decirlo con sus palabras, cargadas de resonancias existencialistas, como “un conjunto de actitudes que generó obras donde se reflejaban un conjunto de actitudes”. A partir de 1962 se dedicó a la docencia en prestigiosas instituciones de la ciudad, como el Pratt Institute, Cooper Union, Columbia, City University of New York o New School for Social Research, y produjo una notable cantidad de ensayos, ya en solitario, ya como coautora: *The Unknown Shore. A View of contemporary Art, Modern American Sculpture, A Reading of Modern Art, A Fable of Modern Art, American Art Since 1945, Twentieth Century Artists on Art...*, por citar tan solo los más famosos; a todo lo cual contribuyeron, por otra parte, las becas Guggenheim en 1964 y National End Humanities en 1980.

Pero ni el expresionismo abstracto agotaba la vía del arte moderno ni Dore Ashton se limitaría al ámbito privilegiado de la centralidad neoyorquina, sino que transitaría otras periferias, tanto o más ricas que aquélla, llenas de matices y dilemas a la espera de ser afrontados. La española, peculiarísima y delicada como ninguna, la preocupó y ocupó en toda su extensión contemporánea, desde el fundador indiscutible, P. Picasso, a quien dedicó el poliédrico *Picasso on Art. A Selection of Views*, hasta su penúltimo corolario, M. Barceló, emparentado en *A mitad del camino de la vida* con la literatura del Siglo de Oro y descrito como un bravo gladiador hispano. Con veintipocos años, Dore visitó la península por primera vez y pudo comprobar por sí misma su precaria situación socio-política y artística, sentando los vínculos personales con los incipientes protagonistas de la renovación pictórica y las bases necesarias para las interpretaciones ulteriores. Gracias a dicha experiencia, según una lógica muy similar a la seguida con anterioridad al otro lado del charco, ofreció interesantes reflexiones sobre A. Tàpies, A. Saura o M. Millares a través de documentales, colaboraciones en revistas como *Debats, Arte y Parte* o *Exit*, libros colectivos o catálogos de museo. Y si un cuarto de siglo antes había desentrañado con minuciosidad la Escuela de Nueva York, en 1999 nos brindaría una exposición memorable, síntesis espléndida de su extensa trayectoria y del asunto que de tantas maneras había problematizado: *A rebours. La rebelión informalista (1939-1968)*, presentada en el Centro Atlántico de Arte Moderno y el Museo Reina Sofía, que trataba la abstracción posbélica como fenómeno global y *lingua franca* capaz de expresar el espíritu del momento.

El 30 de enero de 2017, con su muerte, todos perdimos algo. Dore Ashton, agente y memoria de este pasado reciente, nos dejó para siempre, y sin ella, ese pasado parece un poco más lejano; nos quedará, en cambio, al menos, su vasta obra historiográfica, su mirada especial, su familiaridad, su humanidad, su ejemplo, su recuerdo también para siempre.

PABLO ALLEPUZ GARCÍA
Instituto de Historia, CSIC